



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.191

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11-25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

MARTES 22 DE OCTUBRE DE 1895

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil corso.—Co-responsables en París, A. Lorette, rue Camartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

LA UNION Y EL FÉNIX ESPAÑOL COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS



Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, NÚM. 1 (Paseo de Recoletos)

GARANTIAS

Capital social efectivo.	Pesetas	12.000.000
Primas y reservas.		43.598.510
TOTAL.		55.598.510

32 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional asegura contra los riesgos de incendio. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1834, de su fundación, la suma de pesetas 59.159.891,43

Subdirección en Cartagena: Sra. Viuda de Sero y C.ª, Plaza de los Caballos núm. 15

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rutas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos a primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

Sero y C.ª, Plaza de los Caballos núm. 15

Recolección

Presas para vias, moderno sistema. —Bombas Noel y otros sistemas para trasiego. —Azufradores, catadores y demás utensilios necesarios al viticultor. —Desgranadoras de panizo (6 fanegas por hora). —Embudos automáticos. —Tijeras para vendimiar, poda, etc. —Arados de vertedera. —Espinas artificiales. —Pales, azadas, legones, todo acero. —Carrocerías y wagnetas.

INSTALACION DE RIEGOS

C. Pérez Larbo.—Plaza de Castellini, 12

BILLAR

Calle Príncipe Vergara núm. 2, bajo Contiguo al Hotel de Roma. Se alquila este espacioso salón con sus seis mesas. En la misma calle número 6 despacho, darán razón.

Al que es generoso.

Cándido Rubiales era el mozo más enamorado que crió mamá Naturaleza. Era también bastante moreno, algo bizco del izquierdo, con un lunar en el rostro, alto, delgado, etc., etc.

Era, además, el chico más avaro que ha visitado el globo terráqueo, y el ser más gomoso que ha tomado café en el de Fornos.

Ya von Vds. si era cosas Cándido Rubiales.

Declase de él, como de otros tontos, que su vanidad era inmensa, cosa clara a todas luces, puesto que siendo gomoso, naturalmente, había de ser vane. Son estos dos adjetivos engarzados en una sola pieza.

Muchos dicen que en la misma pieza entran también en gran parte la estupidez y la necesidad; pero no lo afirmo; únicamente me limito a creerlo.

Después de este exordio, les digo a Vds. que Cándido conoció en cierta ocasión a Mercedes Moreno.

Ahora, vamos con ella. Mercedes era una muchacha rubia y blanca, pese a su apellido, fresca como una ciruela claudia, coloradota como un fresón maduro, sana como una manzana sana y con dos niñas una en cada ojo, negras y grandes como dos granos de uva garnacha ca-

paces cada una de ellas de hacer perder a cien niños como Cándido.

Este, al ver a la frutal criatura, se quedó prendado de ella, y como prendido en el suelo.

La vió por primera vez paseando ante un restaurant. La joven se entretiene a la sazón devorando con sigilo y con apetito un pollo asado tan tostadito que al doncel le pareció de oro, y a ella seguramente, se le autojaría de diamantes.

En aquel momento el corazón de Rubiales dió un salto atroz; luego otro: parecía que aquel corazón hacía enayos ante el trampolín de un circo. Esos saltos, indudablemente eran precusores de un amor desenfrenado. Así lo vaticinó Cándido, y pidió un pitillo a un conocido y después lumbré a un transeunte; y ya iba a pedir un jarro de agua que apagara sus ardores a la portera más próxima, cuando notó que la bella satisfecho ya su apetito, se ponía en pie y llamaba al camarero, como quien va a pagar y a abandonar el sitio.

Tentaciones le dieron al muchacho de hincarse de hinojos ante el mozo, echar mano al portamonedas y... suplicarle que cobrase a la joven lo menos posible y que no tomase propina. Pero se contentó con penetrar en el restaurant frenéticamente y arrojarse con vehemencia sobre uno de los huesos, resto



del engullido pollo, guardándolo en

el fondo de su enamorado pecho, como recuerdo gratisimo y substancial.

¡Ah! Rubiales amaba ya a Mercedes.

Aquel hueso era para él un amuleto que chupaba y rechupaba con fruición durante sus ratos de ocio, pues con este gran entretenimiento se mitigaban sus pesares.

Varias veces expió y acechó a la duña de sus pensamientos, entendiéndose por la portera de que era una chica muy recatada y de que había sido doncella, encontrándose en aquella fecha desacomodá.

Por fin consiguió ponerse al habla con ella. Pero ¡ay! era una Mercedes demasiado sencilla, y no se dejó convencer por los arrumacos y los juramentos de eterno amor del pollo; todo lo cual, al parecer, no la impresionó ni de la décima parte que el sabor de las tiernas carnes del otro, del pollo cuyo hueso más grande conservaba. Rubiales

—Merceditas de mi alma—la dijo una tarde —yo la adoro a usted de una manera feróz. Mi amor es incommensurable, infinito.

—¡Qué atrocidad! Pues lo siento mayormente, porque, de veras, no es V. mi tipo.

—Por Dios, encanto mío; no diga usted eso. Yo soy tan tipo como el primero, y siempre he oído decir que soy un Apolo.

—¡Ay! No me hable V. de ese bribón.

—¿Sabe V. quién fue Apolo?

—¿Que si lo sé? Demasiado. Por cierto que el tal Polo era un perdido de la clase de tahures, con un bigotazo grande él y hasta con voz de ternero, ¿verdad usted? ¡Ojalá no le hubiese conocido tanto...! Miuste que si yego a tratarle más tiempo se juega mi mobiliario, igual que se jugó mis ahorros y un perro chino, parecido a V., que me regaló un pastelero con quien estuve a punto de ir a la Vicaría. Y no fuimos por mor de algunas malas lenguas, ¿sabe usted? Pero fuimos a la prevención del distrito cuando el ofuscado, me señaló los dedos en salva sea la parte.



Vamos, aquella criatura angelical era digna de inspirar amor a cualquiera. Qué pasión, al hablar, qué desenvoltura, qué sencillez, qué candor, y cómo conocía al natural la Mitología!

El desairado amador se retiró confuso y vencido, estirándose con

indecible rabia los puños de la camisa durante un buen rato, hasta que pensó que podrían deshitacharse.

—Es menoster—se decía—mostarse espléndido, y lo será.

Y después de reflexionar durante dos días, al cuarto se presentó en casa de Mercedes, con media docena de pastelillos de crema. Pero después de hacer tan gran dispendio, sólo consiguió ver como lentamente se los comía la joven uno a uno, sin siquiera dignarse darle las gracias, ni la mano, ni nada.

Tanto le contrarió aquel golpe, que, furioso, se arrancó varios rizos de su elegante cabellera.

Sintió un dolor bastante fuerte; gritó, se miró al espejo y se condeñó de la suerte de su cabello. Pero no hay mal que por bien no venga. Aquel arrancamiento le ahorraba de ir a la peluquería.

Después volvió a meditar. —¿Qué hacer?—exclamaba—Si la regalase otra vez una docena... docena y media...

De repente dióse en la frente una tremenda palmada que le vino al pobre como pedrada en ojo de boticario, porque se reventó un divieso que ya le llevaba gastados cinco céntimos en basilicón y pedía otro tanto con urgencia.

Aquel era día de desgracias útiles.

—¡La gran idea!—vociferó.

Y corrió presuroso hasta llegar a una joyería en cuyo escaparate había alhajas de 2000 y hasta 10000 pesetas.

Allí compró una hermosísima pulsera por catorce reales, projesa por él, casi de oro, y encargó a un amigo que la llevase a casa de su amada, sin decir de parte de quien iba.



—¿Qué efecto le causará?—se preguntaba—Quedará deslumbrada, onloquecida... Y cuando me presente en su casa y la diga: Yo, he sido quien le ha hecho donación de esa gata... ¡ah!

No pudiendo resistir su impaciencia, dos horas después se lanzó a la calle-vestido elegantemente con un trajecillo color canela, al que debía sus principales conquistas, retorciéndose las guías del bigote y ensayando mil dulces frases.

Llegó por fin. Echó la última mirada a su reloj; tiró de la campanilla una vez, después otra y luego ciento.

Al fin salió a la escalera la vecina de enfrente.

—Pero, oiga usted, cacayero,—murmuró de mal talante,—¿es que no sabe usted tocar más instrumentos que la campanilla?

—¡Vaya! Si, señora. También manejo algo el violín y la panderoleta.

—¡Hola! ¿Viene V. a burlarse de mí?

—¡Ca! No señora. Vengo a ver a Merceditas.

—Pus ya qué usted esperar sentio.

—Muchas gracias: no estoy cansado.

—Es que Mercedes ha salido con su novio.

—¡Tenga esa lengua mal criada, señora viperina, ó al contrario. ¡Qué emoción! ¡Si no se lo que diga!

—Pus apenas si se trae usted cosas de sainete, que digamos! Cuando yo digo una cosa...

—¿Pero quién es él?

—Un joven no mal parecido y rumboso como el primero. Más de una hora ha estado rogándole que aceptase una pulsera y su amor. Y, ya se ve, como se ve, es de bronce...

—¿Qué ha de serlo, si vale un dinerito! Es de double; lo sé demasiado.

—¿Qué ha de saber usted! Ella es de carne y hueso, como usted y como yo, ¿estamos?

—Yo hablo de la otra.

—Del otro, ¿querrá usted decir.

—¡Justo! De la pulsera y del otro. ¿Qué ha sido de él?

—Pus toma, que la chica ha aceptado las dos cosas, su amor y la pulsera, como hubiera V. hecho en su caso, y los dos se han ido a las Ventas, a comer esas caracoles, en celebración del suceso.

El desdichado Rubiales estuvo a punto de feneecer del todo. Agarróse fuertemente al cogote de aquella buena mujer, para no desplomarse, y con acento desgarrador preguntó:



—¿Sabe V. como se llama el joven del obsequio?

—Ya se ve que sí. ¿Quién no lo sabe a estas heras? Agapito.

—¡Cielos! El mismo... El amigo comisionado para hacer entrega del regalo comprado por mí para ella. ¡Y pensar que he unviendo una fuerte suma! ¡el único gusto fuerte que he hecho en toda mi vida! ¡Ay! ¡sea V. pródigo para esol

Julio Victor Tomey